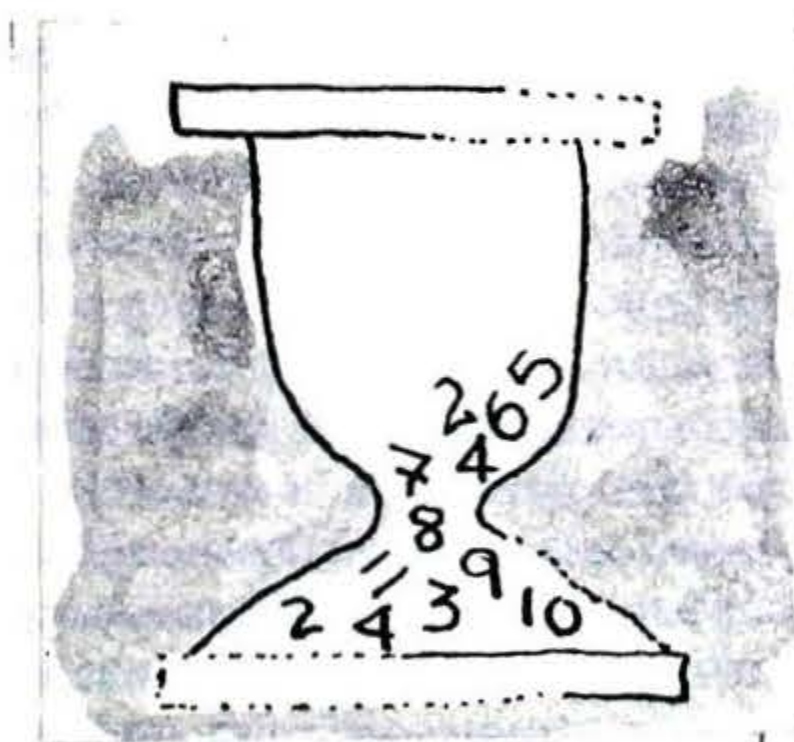


El autor alude, al comienzo de su ponencia, a los meritorios esfuerzos y realizaciones que se han hecho en pro de la reconstrucción del pasado filosófico de Colombia. Luego se propone estudiar el sentido de la expresión "tardía Edad Media" con la cual la historiografía liberal de la segunda mitad del siglo XIX denominó el orden colonial. Zabalza afirma que esta expresión manifiesta una analogía con un fondo de verdad. En la comparación establecida hay tres analogados: la Edad Media, la segunda escolástica española y nuestra tardía Edad Media. Es necesario caracterizarlas en lo que tienen de común y en sus diferencias, para no caer en interpretaciones simplistas. Estos tres espacios y tiempos distintos constituyen tres horizontes irreductibles. El autor los describe. El primero es el horizonte de la filosofía medieval. Aquí se suelen distinguir cuatro etapas: la de formación (siglos IX-XI), 2a. de desarrollo (siglo XII), 3a. de apogeo (siglo XIII), 4a. de decadencia (siglos XIV-XV). En este período aparecen las grandes figuras escolásticas y se crea la universidad. El segundo es el de la segunda escolástica española, más próxima y de influencia más inmediata sobre nuestra llamada Edad Media o filosofía colonial. Tal como se dio en España en los siglos XVI y XVII, no fue una mera repetición de la primera, y no podía serlo, porque no en balde el horizonte había cambiado profundamente. Hecho decisivo de estos nuevos tiempos fue el descubrimiento y la conquista del nuevo mundo. En este período sobresalen Francisco de Vitoria y Francisco Suárez, gozne entre el pensamiento medieval y el moderno, según palabras de Heidegger, y llegan a su edad de oro las letras castellanas. El tercer horizonte es nuestra tardía Edad Media. "La época colonial que abarca los siglos XVII y XVIII es, efectivamente, una edad 'media', porque media entre el siglo XVI de la conquistas y el siglo XIX de la emancipación de España y de la constitución de nuevas repúblicas independientes" (pág. 116). Pero este período se llama "edad media" porque tiene características internas que recuerdan aspectos de los analo-

gados anteriores. Como en la Edad Media, la educación seguía en manos de la Iglesia. Fueron las órdenes religiosas las que abrieron las primeras escuelas de gramática y las que fundaron las universidades. El horizonte de las prácticas filosóficas en los claustros coloniales dependía de las características del imperio español y de sus necesidades fundamentales en las colonias: la actividad misionera, la unidad de fe, la unidad política y administrativa con la distante metrópoli. Las universidades tenían como objetivos satisfacer dichas necesidades formando sujetos idóneos. Zabalza nos ofrece un retrato de la universidad colonial por dentro y se refiere al espacio físico, a los alumnos, a los profesores, a la organización y métodos, a los diversos partidos o escuelas y finalmente a la producción escrita. Al terminar su ponencia, afirma que si se echa una mirada a algunas interpretaciones que de la colonia, y en especial de la filosofía colonial, se han dado, salta a la vista que han estado viciadas por intereses ideológicos, políticos y partidistas. Ni la historiografía liberal ni la historiografía conservadora han mostrado objetividad en el estudio de la época; se han movido entre el rechazo y la apología. La nueva historia de Colombia ha ido subsanando los desenfoques decimonónicos y ha llegado a conclusiones más equilibradas. "Por lo que hace a la historia de las ideas en la época colonial, apenas estamos empezando a estudiarla con este nuevo espíritu que manifiesta la actual historia social" (pág. 125).



El libro se termina con unas "Notas para la historia de la Sociedad Colombiana de Filosofía", escritas por Germán Marquínez Argote. La edición

de la obra ha sido hecha con cuidado. Sin embargo, encontramos algunos errores en las palabras griegas (págs. 20, 26, 30) en expresiones latinas (mentienti in uno, non haberi fidem in allis) (pág. 80) y algunos errores en las notas (págs. 29-32).

ALFONSO RINCÓN

Etnohistoria con fuentes primarias

Mercado, poblamiento e integración étnica entre los Muisca
Carl H. Langebaek
Banco de la República, Bogotá, 1987.

Hace largo tiempo no se publicaba una obra etnohistórica sobre los muisca basada en fuentes primarias; es decir, en documentos del Archivo Histórico Nacional y del Archivo Histórico de Tunja. Esta labor no es fácil, dada las enormes dificultades que implica escudriñar en él en busca del dato que pueda enseñarnos algo sobre las culturas indígenas que poblaban el país durante el siglo XVI. Carl Langebaek, con su formación de antropólogo, se enfrentó magistralmente a los polvorientos documentos de interminables pleitos y otros, con el objeto de dilucidar algunos interrogantes sobre la economía muisca.

En este excelente trabajo se muestra por primera vez un claro panorama de la economía muisca, principalmente de la circulación de productos entre los diferentes cacicazgos que conformaban dicho grupo lingüístico, así como las relaciones de estos con grupos vecinos. El análisis de los documentos, así como la consulta de fuentes secundarias, permitieron al autor sustentar cuatro hipótesis básicas, que cambian la óptica con que tradicionalmente se ha enfocado este tipo de estudios. Estas son:

— Los habitantes del altiplano tenían una economía autosuficiente en lo que respecta a la producción de comida y medios de trabajo.

— El intercambio no requirió de especialistas, del uso de un artículo a modo de moneda o de la movilización de grandes cantidades de productos.

— El intercambio en los mercados muisca fue uno de los mecanismos de integración étnica entre los hablantes de la lengua chibcha.

— El tributo y la redistribución de excedentes comunales tenían un manejo centralizado en beneficio general y no de un grupo pequeño de individuos especializados.

Estas cuatro propuestas generan algunos puntos que contradicen la clasificación tradicional en que se ha encasillado a los muisca como sociedad estatal. Incluso se observa, de acuerdo con la descripción que el autor ofrece, que los muisca tenían una organización económica similar a la de la gran mayoría de los cacicazgos que poblaban el actual territorio de la república. Al respecto, el autor hace una minuciosa descripción de la circulación de productos examinando quién lo hacía, el uso, la técnica de producción, los centros productores (que sería mejor considerar como regiones de producción), la distribución y los consumidores. La circulación de productos no fue, al parecer, más compleja que la empleada hoy día por grupos con un grado de organización tribal en el Orinoco (confróntese Lantrap).

El análisis de la circulación de productos que Langebaeck presenta, concluye en favor de la hipótesis de que los muisca tenían la capacidad de autoabastecer a la población indígena. Parte de la sustentación de esta hipótesis la hace el autor a partir de la existencia de mercados regulares así como de la supuesta existencia de "depósitos comunales capaces, incluso, de mantener especialistas desligados de la producción directa de alimentos". Sin embargo, existe comprobación arqueológica, concretamente derivada de estudios en antropología física que muestran algo totalmente diferente; es decir, evidencia de enfermedades ligadas a procesos de desnutrición entre los muisca, no sólo causadas

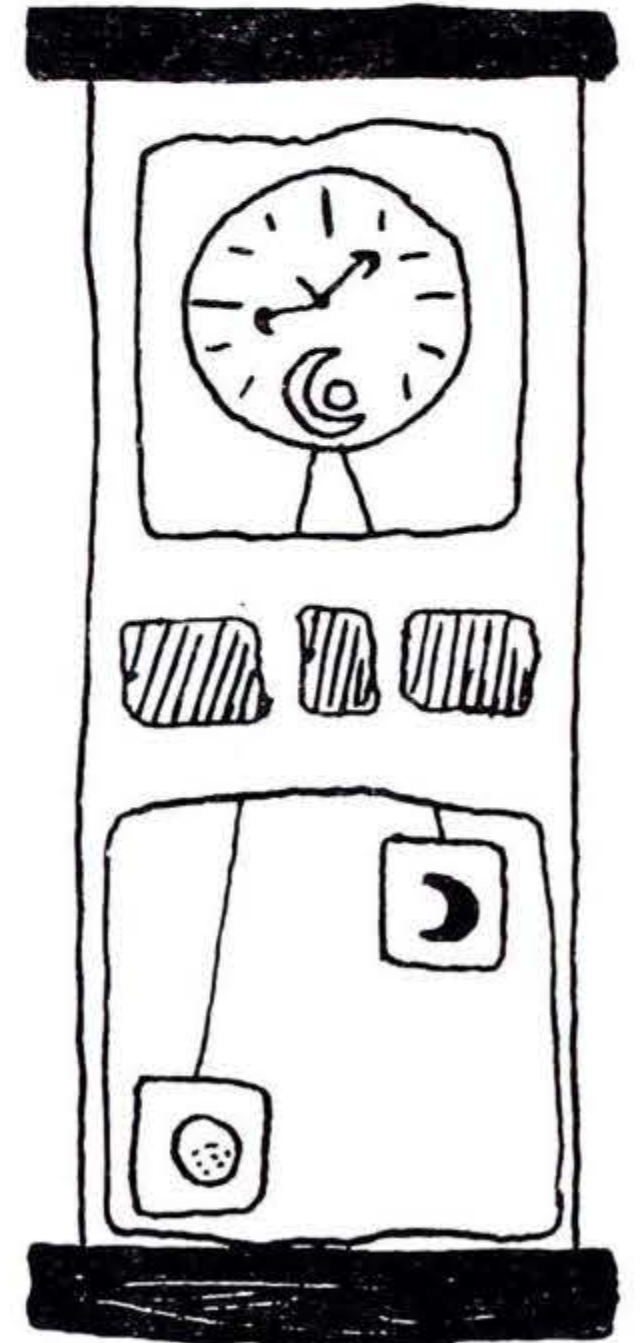
por falta de proteínas, sino incluso de suministro de alimentos en diferentes etapas de los individuos. Es probable que el autor tenga razón con respecto a la regularidad de los mercados. Sin embargo, no es posible generalizar para antes de la Conquista la existencia de mercados. Para esto se requieren testimonios arqueológicos.

Uno de los puntos expuestos por el autor que resulta sumamente interesante es la crítica que hace del "tributo" a los caciques. Considera que se trataba de una práctica de centralización y distribución de productos y no de acumulación. De ahí que para Langebaeck el cacique no es más que un especialista dentro de la comunidad y cuyo poder se basaba en la generosidad, aspecto que nos recuerda en su estructura a ciertos grupos étnicos de Melanesia, en cuanto al almacenamiento de batata y a las festividades de Moka, en donde se refuerzan las alianzas mediante la distribución de bienes.

En cuanto a la estructura del libro, es bastante clara, persigue constantemente sus objetivos y sustenta las hipótesis. Está dividido en cuatro partes. La primera es una reseña de la organización social muisca, enfatizando el aspecto político de las diferentes confederaciones y las reglas de parentesco, aspecto muy importante para la comprensión del patrón de poblamiento y control de recursos. Lamentablemente, el autor no contó con datos más precisos sobre el patrón de asentamiento, debido a las limitaciones de los documentos, así como a la carencia de investigaciones arqueológicas regionales que permitan clarificar estos aspectos. Por lo tanto, la imagen que tenemos sobre el patrón de poblamiento y asentamiento es válida para el siglo XVI, pero no antes que se diera el proceso de "reducción de aldeas", el desarrollo de la encomienda y el rápido descenso demográfico de la población.

La segunda parte del libro se centra en diferentes aspectos relacionados con la circulación de productos, tales como el tributo y la redistribución, así como en una detallada descripción de los artículos de intercambio. Esta parte puede considerarse como la contribución principal del autor al

conocimiento de los muisca durante el siglo XVI. La riqueza de la información es buena base para el desenvolvimiento de futuras investigaciones, no sólo en el campo de la etnohistoria, sino en investigaciones arqueológicas con enfoques regionales.



La tercera parte del libro es menos clara, debido a la escasez de documentos que permitan comprender el grado de desarrollo del "mercado", por lo cual queda una imagen poco precisa del funcionamiento de éste con respecto a la organización social y política. Todo parece indicar que, en el caso de los cacicazgos "independientes" y de las diferentes "confederaciones", se estaba dando un proceso de integración en torno a ciertos caciques, lo cual no es sorpresa, puesto que en las sociedades que clasificamos como cacicazgos (*chiefdoms*), o sociedades de rango, estas tendencias a la centralización se dan con la redistribución de productos y con otros factores.

En la última parte, el autor examina brevemente diversos aspectos relacionados con el intercambio, como son la ausencia de moneda y los términos de éste. Curiosamente, cuando entra a analizar la frecuencia, así como el volumen, del intercambio, concluye que ella no pudo ser grande, debido a la carencia de infraestruc-

tura. Dicha hipótesis contradice la idea de existencia de mercado tal como se entiende hoy día. El mercado muisca debe verse como sitios de trueque donde no hay ganancias, impuesto o regulaciones en cuanto formas de contratación. Lo anterior no contradice la existencia de intercambio de productos con zonas lejanas, lo cual no es extraño, puesto que grupos con bajo grado de complejización económica igualmente mantienen redes de circulación de productos suntuarios o de bienes de uso a través de largas distancias. Un ejemplo son las hachas de hierro, las cuales circularon en el Amazonas en tiempos de la conquista y de la colonia antes que se estableciera contacto directo.

Finalmente, en excelente síntesis, el autor entra a considerar aspectos relacionados con el control vertical de pisos ecológicos, así como con el *óptimo climático*, más conocido como *óptimo térmico* (Holdridge). Las hipótesis planteadas por Langebaek, si se consideran en futuros trabajos arqueológicos, permitirán amplificar sustantivamente el conocimiento que tenemos de los cacicazgos del altiplano cundiboyacense.

AUGUSTO OYUELA CAYCEDO

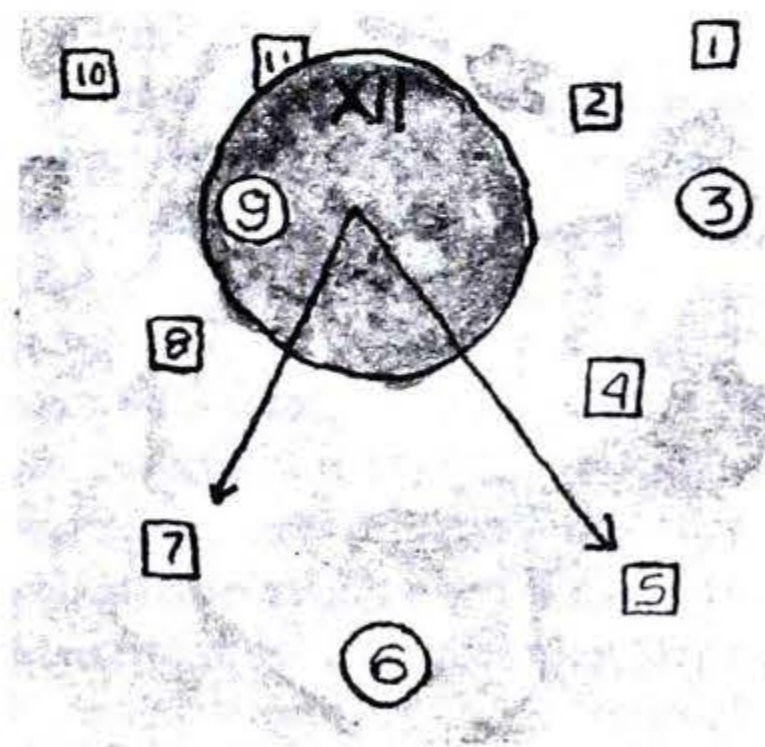
Historias de nuestras violencias

Crónicas de la vida bandolera
Pedro Claver Téllez
Editorial Planeta, Bogotá, 1987, 265 págs.

En las páginas de este libro están relatadas —en forma tal que raya con la fantasía— historias, hazañas, victorias y derrotas de legendarios bandoleros que recorrieron el territorio colombiano durante este siglo XX que ya termina.

Pedro Claver Téllez, periodista nacido en las entrañas de la violencia

—violencia que vivió en carne propia junto a su familia—, rastreó los pasos de sus antepasados y de bandidos que vivieron, nacieron o rondaron, principalmente, en la zona que comprende hoy los departamentos de Santander y Boyacá. Es así como para el presente trabajo se apoya en recuerdos de viejos habitantes de la zona, en su experiencia personal y en datos que toma de aquí y de allá.



El libro está integrado por una serie de capítulos o historias, cada uno de los cuales se refiere a las andanzas de uno o varios bandoleros. La narración igualmente varía en su estilo; hay reportajes, crónicas, relatos en primera persona y, en general, un manejo periodístico ameno —unas veces más que otras— que entremezcla los géneros ya citados.

El mayor interés que despierta este volumen radica en que podría considerarse un libro de aventuras, con héroes y antihéroes cuya gran virtud es el coraje. Abundan las anécdotas casi increíbles, pero contadas en forma cuidadosa, sin dar cabida a la condena o el endiosamiento esquemáticos de los protagonistas. Al fin y al cabo, y aunque se trata de seres humanos que casi por obligación —por persecuciones, las más de las veces de origen político— tuvieron que optar por la vida al margen de la ley, igualmente son en su mayoría personas con un pensamiento crítico poco elaborado o claro, que se convierten más en instrumentos de determinada política que en portadores de un pensamiento radical propio. Se trata de hombres que ante el acoso oficial, prioritariamente, se inclinan hacia la lucha armada y en ella salen

adelante, parcialmente, gracias a su ingenio y a su malicia, impulsados por el afán de venganza o de supervivencia y apoyados por humildes o poderosos.

A través de las anécdotas —columna vertebral del texto—, el autor se refiere a las violencias colombianas del presente siglo; las de antaño, las de los años cincuenta, y llega a acercarse a la actual. Esto sin detenerse mucho en sus causas de diferente tipo; al fin y al cabo, no es el objetivo de la obra. Pero es importante señalar que este tipo de acercamiento a las violencias mediante las aventuras, fácilmente puede llamar a escudriñar en trabajos cuyo objetivo sí es la reflexión profunda sobre el tema, como *Bandoleros, gamonales y campesinos* de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens (Bogotá, El Ancora Editores, 1983).

Ellos y sus aventuras

Virgilio Salinas, anciano que es algo así como la memoria colectiva de un pequeño poblado santandereano llamado Jesús María, recogió, mediante recortes de prensa y su buena memoria, historias de bandidos posteriores a la guerra de los Mil Días, haciendo resaltar como valores comunes el menosprecio por la vida, la exaltación del valor personal y el heroísmo. Pedro Claver Téllez esculca entonces en los recuerdos del poeta Salinas para hablar de los bandidos, en las páginas iniciales del libro:

La Provincia de Vélez se vio sujeta al arbitrio de estos hombres y los caminos se obstruyeron con los residuos de las patrullas oficiales empeñadas en la persecución grotesca e infecunda. El pueblo los amaba, los temía o los auxiliaba; les ofrecía el amparo y el refugio de sus cabañas y les ayudaba a eludir la persecución que sólo se aplacó cuando la muerte descendió sobre sus jefes hasta entonces invulnerables, que ejercieron su heroísmo fuera de la ley y, luego, elevaron su recuerdo sobre el pedestal de sus hazañas [pág. 23].